

Tonto en cuatro idiomas (o no tanto)

Los políglotas reúne una fascinante multitud de personajes ingeniosos e inútiles

Los políglotas

William Gerhardie
Traducción e introducción de Martín Schifino
Impedimenta. Madrid, 2014
382 páginas. 22,76 euros

Por Alberto Manguel

NARRATIVA. EN LITERATURA, como en todas las cosas de nuestro mundo, existe el fenómeno del eterno retorno. Periódicamente, como ciertas modas y ciertos políticos, ciertos autores y ciertos libros aparecen, deslumbran y desaparecen, para volver a aparecer al cabo de un tiempo para deslumbrar y desaparecer de nuevo. Los ingleses son adeptos a este juego cíclico y casi todos los años descubren, elogian y olvidan a James Hanley, Henry Green, Barbara Pym, Elizabeth Taylor. Y a William Gerhardie.

Gerhardie nació en Rusia en 1895 y desde niño fue considerado por su aristocrática familia inglesa como el más tonto de los seis hermanos. El padre era el patrón de una gran fábrica de San Petersburgo y Gerhardie se crio en cuatro idiomas —ruso, alemán, francés e inglés—, de los cuales este último era poco practicado. A los 18 años fue enviado por su padre a Inglaterra, donde su conocimiento del idioma materno mejoró (dijo más tarde) gracias al descubrimiento de la prosa de Oscar Wilde. Se propuso ser un escritor bilingüe y empezó a componer relatos en ruso y en inglés. Con el estallido de la Primera Guerra Mundial fue enviado a la Embajada británica de Petrogrado, donde fue testigo de la Revolución de Octubre. Con tales experiencias, Gerhardie hubiese podido ser un nuevo John Reed. En cambio eligió ser una suerte de lacónica Jane Austen del siglo XX.

Con la crisis en Rusia, la familia Gerhardie fue evacuada y así empezó el periplo que Gerhardie continuaría, con ajustes y agregados, en *Los políglotas*. De regreso a Inglaterra, Gerhardie se instaló en Oxford, donde estudió en la universidad y luego enseñó literatura

inglesa, y donde publicó el primer libro sobre Chéjov escrito en un idioma que no fuera el ruso. Allí publicó también su primera novela, *Futilidad*, que fue elogiada por los jóvenes Evelyn Waugh y Graham Greene, y por los mayores Edith Wharton y Katherine Mansfield. Su destino literario parecía asegurado. Durante una estancia en Austria, escribió otra novela, *Los políglotas*, que no tuvo el éxito de la primera. Intentando otro género, compuso con su amigo, el príncipe Leopoldo de Loewenstein, un manual de tipos psicológicos, *Véase a sí mismo como es usted de veras*, con un espejo pegado al lomo de cada ejem-

plar que su obra no se había entendido. Con cierta amargura, en la introducción a uno de sus libros, Gerhardie compara los reseñadores a fabricantes de ristas de salchichas, apresurados por sacarse de encima la tarea de escribir sobre los libros de otros para poder dedicarse a los suyos propios. Sobre todo, Gerhardie reprocha a estos lectores no entender la secreta paradoja que sus ficciones encerraban. "Ninguna obra de ficción es buena si no es un retrato fiel de la vida", escribió. "Sin embargo, ninguna vida merece ser contada si no se sale de lo común. Y entonces parece improbable, como una obra de ficción".



El escritor británico William Gerhardie. Foto: National Portrait Gallery

plar e instrucciones para que el lector, anticipando la técnica de *Rayuela*, elija al final de cada capítulo el capítulo siguiente. Cada vez más desilusionado, algunos años más tarde Gerhardie abandonó la escritura. A su muerte, en 1977, a los 82 años, se encontró entre sus papeles una vasta novela histórica e incompleta que fue publicada póstumamente bajo el título de *God's Fifth Column*.

A pesar del entusiasmo de sus colegas por sus primeras novelas, Gerhardie juz-

tiene. Y de pronto, como al final de una larga, bulliciosa velada, nos damos cuenta, nosotros los lectores, que hemos conocido a un sinfín de personajes fantásticos y fascinantes y oído conversaciones de un ridículo exquisito y aforismos de una justeza admirable. ¿Y luego qué? "En cuestiones de gran importancia, el estilo, y no la sinceridad, es lo esencial", dijo alguna vez el maestro de Gerhardie, Oscar Wilde. *Los políglotas* ofrece la irrefutable prueba. ●



Disparate satírico para entendidos

Viento de tramontana

Sergio Gaspar
Edhasa. Barcelona, 2014
274 páginas. 14 euros

Por Ana Rodríguez Fischer

NARRATIVA. VIENTO DE TRAMONTANA, primera novela de Sergio Gaspar —poeta (*Revisión de mi naturaleza, Estancia*), editor del sello DVD entre 1996 y 2011 y profesor de literatura—, viene enmarcada por la declaración de Federico Numancia, que promete relatar ciertos hechos ilustrados "con la linterna de la verdad". Los hechos versan sobre un fin de semana en el Ampurdán gerundense con final trágico y detención del mencionado narrador, sospechoso de pertenecer a algún grupo terrorista islámico, que está convencido de que fue Josep Pla quien "decidió cargarse a su esposa", cuando encontraron al célebre escritor y, al modo de diablo cojeado, este los llevó de turismo político a lomos de una burra. Así fue descubriendo, entre otras maravillas, "las intimidantes de una mansión de verano" propiedad de una familia catalana modélica (¿les suena?), los Riús, y también la de los Prats i Ribas, "pareja socialista, rica, guapa y de alma nacionalista catalana". En mitad de todo ello, al modo de entremés, un capitán de la Guardia Civil —Antonio Torres Heredia— y una intendente de los Mossos d'Esquadra leen, entre cópula y cópula, la mencionada declaración.

Este disparate satírico que organiza Sergio Gaspar (Checa, Guadalajara, 1954) se apoya, por consiguiente, sobre la política y la literatura en cuanto al protagonismo de personajes y sucesos, porque tras los mencionados aparecerán Cervantes (primeramente en una entrevista periodística y luego de tertulia con Pla, lo que da pie a repasar ciertos episodios de la historia y hasta del urbanismo barcelonés), una vieja gloria literaria que se empeña en obtener el Premio Biblioteca Breve, más la aguerrida editora, la inevitable agente y el negro de turno —con el consiguiente repaso de nuestro panorama literario—, y una traca final con Maragall, Pujol, Mas, Montilla y un convidado de piedra reunidos en el Salón Dorado del palacio de la Generalitat. A ello se añade el consabido componente metaficcional que tanto juego proporciona, y la diversidad formal, amén de un sinfín de referencias políticas (centradas en la burguesía catalana, y sus pactos y alianzas históricas) y literarias que no se cuántos lectores podrán descifrar. Algunas son de bulto, pero otras llegan algo más escondidas. Y sabido es que en una parodia o en una sátira, si no se identifican los términos que concurren (el referente real y la contrahechura grotesca), la posible diversión peligra.

Es el punto más débil de este entretenimiento que nos propone Gaspar, junto con la saturación de alusiones y citas y personajes reales característicos de las *roman à clef*. ●

Una encrucijada con prisa

Los elegidos

Eduardo Iglesias
Los libros del Lince. Barcelona, 2014
199 páginas. 17 euros

Por Fernando Castanedo

NARRATIVA. EN SU OCTAVO LIBRO Eduardo Iglesias (San Sebastián, 1952) ha tomado elementos de distintos géneros literarios para armar una peculiar novela de aventuras. O, si lo prefieren, una historia de carretera, que es como define el *Cantar de mio Cid* uno de los protagonistas de la obra, llamado "el viejo" y admirador de Ruy Díaz de Vivar. A los amantes de los nombres antiguos no les importará que diga, para aclararnos, que es una aventura posmoderna con su pizca de épica.

Ambientada en un futuro indeseable

donde masas de pobres y desplazados van por el país, la historia narra el encuentro fortuito de dos mujeres y tres hombres. Olivia y la camionera son las mujeres, y el viejo, el chaval y el furtivo, los varones. Los cinco coinciden por las carreteras, pueblos y campos de la frontera entre Navarra y Aragón, y deciden formar una banda de ladrones de bancos. Pero el relato se inicia mucho antes, con una serie de escenas divertidas, ligeras y vertiginosas en donde los diálogos y el tono son de chanza. Más adelante el viejo y el chaval se instalarán en un pueblo abandonado junto a un pantano y, entonces sí, compondrán la pandilla de salteadores. La aparición de esta trama tardía compite en parte con la de los amores del chaval con Olivia y de la camionera con el viejo, hasta el punto de que a mitad del libro uno tiene la sensación de que el narrador ha llegado a un cruce de caminos y no sabe muy bien por cuál de los dos tirar —o cómo apañárselas para que corran entrelazados—.

El *impasse* se resuelve con prisa, y es una pena porque la construcción contaba con los elementos suficientes como para un desarrollo más amplio. No me refiero a



la sucesión de atracos ni a las muestras de generosidad justiciera por parte del viejo, que roba a los bancos para dar a los pobres. De hecho, en estos dos casos hubiera bastado con una muestra de cada una de esas acciones y el uso de la elipsis. Más bien pienso en el desarrollo de los amores y en la profundización en las motivaciones de los personajes, sobre todo del furtivo, que son las que propician el final. A falta de ellos, la novela termina de una manera sorprendente, pero más por lo inesperado y arbitrario que por tratarse de un desenlace ingenioso o admirable. ●